

BIBLIOGRAFICAS

MIRANDA: ¿EL GRAN DESCONOCIDO?

R.J. Lovera De-Sola (*)

Francisco de Miranda (1750-1816) ha sido el más universal de los latinoamericanos. Quizá ningún nativo de estas tierras logró en su época ser considerado una figura tan prominente por quienes detentaban el poder en la Europa de su tiempo. Pocos como él en tener el privilegio de participar en los tres cambios políticos sustanciales de su tiempo: independencia de los Estados Unidos (1781), Revolución Francesa (1792-98) y emancipación hispanoamericana (1810-12) proceso este del que él había sido el precursor o pionero como él mismo lo indicó, el 26 de octubre de 1792, durante el año de 1780. Aquel día escribió que «doce años de fatigas de viajes y meditaciones sobre el mismo tema, me dan una especie de derecho que reclamo con alguna confianza» (*Colombeia*. Caracas: Presidencia de la República, 1979, t. X, p. 274). Es por ello que Miranda ha sido considerado como el «inventor» de la independencia hispanoamericana (C. Parra Pérez: *Discursos*. Madrid: Altamira, 1961, p. 382), como su «protolider» (A. Rumazo González: *8 grandes biografías*. Caracas: Presidencia de la República, 1993, t. II, p. 5) y ahora lo es, en la amplia biografía que le acaba de dedicar Tomás Polanco Alcántara: *Francisco de Miranda*. (Caracas: Ed. Ge, 1997. 779 p.), considerado el «iniciador» (p. 11) de este vasto proceso. Pero Miranda si bien hizo esto, si echó las raíces de la emancipación de un continente fue también un humanista. Nuestra tradición humanística se inicia con su nombre. Y ello porque fue además de oficial y personaje público, un hombre de libros, quien reunió una magnífica biblioteca. Fue también escritor quien dejó los trazos de su vivir en las páginas de su *Diario* (1771-90), que también uno de los pocos hombres en dejar claramente expuestas las huellas de su hacer. Esto lo hizo al guardar en su *Archivo*. (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1929-50. 24 vols) todas las señas de su periplo vital y todos aquellos papeles, de la más diversa índole, que consideró dignos de ser preservados. De allí la importancia de su *Archivo* (ahora reeditado bajo el mote de *Colombeia*) al cual hay que seguir primero que nada para poder interpretarlo. Junto a esto es necesario tomar en cuenta todo aquello que reunió en las estanterías de su biblioteca londinense de la cual tenemos su catálogo (*Los libros de Miranda*. Caracas: La Casa de Bello, 1979. LXX, 33, 44 p.). Y eso fue lo que dejó al morir: los ideales de una vida, su biblioteca (que desgraciadamente se dispersó entre 1828 y 1833), sus papeles y su *Diario*. No legó otros bienes, porque la

(*) Director de Publicaciones del Consejo Nacional de la Cultura (CONAC).

casa en que habitaba era alquilada. Fue este su legado, como lo señala Polanco (p. 658). Y con ello bastó. Gracias a estas piezas sabemos quién fue, cómo fue.

Al iluminar esta vida sin par dedica Polanco su extraordinario libro, trabajo pacientemente realizado a partir solamente de la consulta de material documental de primera mano. Entre estos textos Polanco ha utilizado con cuidadoso esmero todo el material que el propio Miranda dejó de su propia vida y acciones en su *Archivo*, al cual tanta importancia le dio que en 1805 lo organizó y empastó con sus propias manos. Ese tesoro se conserva en Caracas, en la Academia Nacional de la Historia, dentro de un arca que los preserva del paso del tiempo.

Pero también Polanco interpreta al caraqueño a partir de la documentación utilizando una amplia gama de fuentes que no habían sido usadas antes: fuentes anglosajonas. Traza así la biografía —es decir el paso de una persona por el mundo— dentro del marco de su tiempo, una personalidad universal nada fácil de atrapar porque tanto los grandes hechos como los pormenores son muchísimos y significativos casi todos ellos.

Polanco logra así hacer profusa luz a través de los cinco hitos vitales de la vida de Miranda. Ellos son: I) su nacimiento y primera educación en la Caracas colonial de mediados del siglo XVIII (1750-71) ya que el 3 de enero de 1771 la dejó. No volverá a ella si no en dos oportunidades más: en 1806, a bordo de su expedición. Y en 1810 para participar en los albores del proceso emancipador; II) sus viajes por los Estados Unidos (1781-84) y Europa (1785-89), los cuales pudo hacer con tanta amplitud y tiempo por no haber luchas bélicas durante ese período (p. 243-244), conflictos que se iniciaron y seguirán por muchos años a partir del año ochenta y nueve. Miranda participará en parte de ellos; III) los años de sus amplias y agotadoras negociaciones en favor de nuestra independencia cumplidos en Inglaterra (1785, 1789-1810); IV) su decisivo paso por Francia durante los días de la Revolución (1792-94); V) su expedición a Venezuela en 1806 y su presencia durante la Primera República (1810-12).

El libro de Polanco que comentamos es tan amplio y sugiere tantas acotaciones que aquí sólo vamos a tratar algunas de las que más nos han llamado la atención. O aquellas que se deben tener en cuenta para poder comprender al hombre que se llamó Miranda.

Y puesto a definir su libro anota Polanco «He entendido el papel del biógrafo como la búsqueda minuciosa y la exposición objetiva de la mayor parte posible de esas características, sin entrar, salvo cuando ello es estrictamente necesario, en apreciaciones subjetivas» (p. 9); para Polanco «Miranda dividió en dos la Historia de Venezuela. Cuando la nave «Leander» llegó a la costa de la Capitanía General de Venezuela, se abrió una etapa histórica diferente... Miranda con «El Leander» y la bandera tricolor tuvo una filosofía diferente: la creación de un nuevo Estado soberano y por lo tanto, independiente y libre y que, en adelante, no formaría parte del Imperio español» (p. 10); por ello indica «A través de las páginas del libro, hemos tratado de describir a aquel criollo, 'el más culto de su tiempo' con su espléndida colección de clásicos y continuas

lecturas de varios miles de libros... que estaban en su biblioteca y se referían a temas de toda clase, en muchos aspectos con la más completa información disponible hasta el momento. Joyas bibliográficas y monumentos culturales» (p. 11). Y muchas páginas más adelante señala su método: «Para conocerlo mejor, el único método adecuado tiene que ser describirlo y no tratar de clasificarlo» (p. 665).

Hemos señalado antes que ante Miranda estamos ante un humanista. Por ello Uslar-Pietri lo calificó «el criollo más culto de su tiempo» (*En busca del nuevo mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969, p. 69). Esto lo podemos considerar si seguimos tanto al lector, al hombre que no sólo leyó sino que coleccionó los libros que fue leyendo, con los cuales formó su biblioteca. Y como si faltara algo durante un largo tiempo redactó su *Diario* en el cual consignó, entre otras cosas, las lecturas que hacía cada día. Piensa Polanco que leyó unas veinte y cinco libros por año (p. 637). Quizá más. Siempre los llevaba consigo y en cualquier lugar seguía su lectura. No perdía tiempo. Todo el tiempo de solaz que tenía lo dedicaba a la lectura. Pero Miranda fue más que solamente un lector, que ya es mucho. Fue un coleccionista de libros y un bibliófilo. Dice Polanco «En la devoción a los libros consiente distinguir dos cuestiones distintas y que están relacionadas. Una es el carácter de lector, o sea la afición de alguien a la lectura, otra su afecto por los libros. Cuando en la misma persona se encuentran esas dos tendencias, casi siempre surge una biblioteca» (p. 635-636). Pero también «Además del lector existe en relación a los libros otro tipo de personas, el bibliófilo» (p. 638), cosa que como ya hemos indicado también lo fue Miranda. Verdaderas joyas del libro conservó en los tramos de su biblioteca, ediciones verdaderamente raras para sus días y mucho más hoy en día. Esta faceta de Miranda es tan decisiva que a través de ella podemos observar como surgió entre nosotros el carácter del político culto, hombre de letras, «biblioteca ambulante» (p. 762) como fue considerado Miranda, de allí surgió un prototipo de hombre de acción. Aquel que reflexiona y actúa. Una familia de espíritus surgieron así. Miranda los encabeza. Por ello señala Polanco «Cabría reflexionar lo que sería de un pueblo cuyos dirigentes mantengan ese ritmo de lectura» (p. 637). Se refiere a los veinte y cinco libros anuales que, término medio, leía el Precursor.

Y este político humanista, quien no dejó de ser a lo largo de su vida hombre de acción y de acciones, nos legó sus papeles, sus libros, su *Diario*. Y ello fue, repetimos, lo único que dejó al morir.

La otra faceta de este hombre de libros fue que casi toda la educación que recibió fue sin duda autodidacta, tomada por sí mismo con la sola ayuda de sí mismo y de los cauces que le habrían las constantes lecturas. Tras su paso por la Universidad de Caracas, o por el Seminario de nuestra ciudad como indica Polanco (p. 41), no encuentra Polanco otros maestros que se puedan señalar (p. 57-58). Y sólo aprendió todo lo que necesitó e incluso los varios idiomas que logró dominar. Su cultura llegó a ser de una gran amplitud. Y cuanto al tema latinoamericano fue considerado un experto en su tiempo (p. 569).

La esencia de su vida fue su tarea en favor de la independencia latinoamericana. El confiesa haberla iniciado en 1780. Aunque dijo que su plan lo estableció en Nueva York en 1784. El estuvo convencido «si la América por sí misma no se hace independiente y establece su libertad con la ayuda de sus propios hijos, las potencias europeas nunca harán esfuerzos por la felicidad americana» (p. 561). Esto escribió a un corresponsal el 20 de abril de 1809. Era su más honda convicción. La que explica su vida. Por ello ha sido considerado el Don Quijote de esa lucha, por ello se ha considerado que Odiseo (o Ulises) fue su prototipo vital (p. 646); por ello fue la suya una acción románticamente vital (p. 669), término que fue el primero en usar en Hispanoamérica (julio 15, 1788); los ideales enciclopedistas lo hicieron un liberal buscador de la felicidad humana (p. 670 y 671).

Aunque Miranda fue perseguido largamente por la Corona española (1782-99) por conservar un secreto de estado; si bien escapó de su servicio para no caer preso (junio 1, 1783) y más tarde se desligó de todo servicio a la Corona hispana (abril 10, 1785) nunca llegó a participar en ninguna acción, a menos que esta fuera la independencia de la América española, contra España (p. 647).

Sus relaciones, su cultura, sus acciones hicieron de él un hombre tan prominente que Napoleón Bonaparte fue a cenar a su casa; el *The times* londinense registró sus andanzas (p. 535) o el Presidente de los Estados Unidos lo invitó a su casa a su paso por la capital de ese país. Esa prominencia política de Miranda es lo que dificulta su comprensión: prácticamente hay que estudiar, como lo ha hecho Polanco, la vida europea de su tiempo, y en especial la política, para comprenderlo y poderlo situar. Ningún latinoamericano logró tal prominencia en su tiempo. Y pocos han sido los que lo han logrado después. Quizá solamente algunos políticos del siglo XIX como el Libertador y unos pocos personajes de nuestro tiempo y sin duda los grandes novelistas del «boom» latinoamericano de los años sesenta del siglo que vivimos, ya que además varios de nuestros «Nobel» son creadores literarios: Gabriela Mistral (1889-1957), Miguel Ángel Asturias (1899-1974), Gabriel García Márquez (1927) u Octavio Paz (1914).

Pese a su extrema «movilidad unida a la intensa afición a la lectura» (p. 674) Miranda fue un hombre solitario. Tuvo pocos amigos, entre los cuales se destaca muy especialmente el Coronel norteamericano William S. Smith. Tuvo una familia en Caracas a la que prácticamente abandonó. No tuvo relaciones amorosas propiamente largas. Cuando decidió tener un hogar propio e hijos tenía cincuenta años (1800) y sólo le restaban diez y seis años de existencia. Por ello la constante soledad es la característica vital que más llama la atención cuando se estudia a Miranda (p. 672).

Este tópico de la constante soledad —que tanto lo acerca a Don Quijote, uno de sus arquetipos vitales— si bien la explican los constantes viajes a los cuales se sometió durante su vida, también nos lo indican el tipo de ideales que lo movieron. Por ello nunca fue con relación a las muchas mujeres que pasaron por su vida el Don Juan que algunos de sus estudiosos han querido ver en él. Y no lo fue porque no dedicó su exis-

tencia a la vida sexual sino a los altos ideales de la emancipación. Por ello fue tan distinto a su contemporáneo Giacomo Casanova (1725-1798), prototipo de Don Juan. Quizá por ello no se ató a mujer alguna hasta 1800 y por ello las relaciones eróticas que tuvo con muchas mujeres –cerca de doscientas según Polanco (p. 335)–, que él dejó registradas en su *Diario*, lo hizo para satisfacer hondas necesidades de carácter sexual, utilizando la sexualidad para lograr el equilibrio fisiológico que el cuerpo reclama. Y lo hizo como varón racionalista, como hombre que tenía ante el sexo la posición de las personas de su tiempo, muy lejano a la consideración romántica del amor y de la sexualidad que más tarde se impondría y a través de la cual miramos hoy nosotros el amor y la sexualidad. Miranda no lo hizo así ya que fue un hombre de su hora y de su tiempo. Por ello muchas de las relaciones que tuvo no tuvieron connotaciones amorosas sino simplemente físicas. Entre las mujeres que conoció pocas fueron aquellas de las que se enamoró y con las cuales llegó a la plenitud íntima. Quizá solamente con Catalina Hall en Suecia y con Delfina Sebrán en Francia durante los días tormentosos de la Revolución en París. Y sin duda con Sarah Andrews, su esposa y la madre de sus hijos Leandro (1804) y Francisco (1806). Con otras mujeres o tuvo amores platónicos como son Susan Livingston o relaciones intelectuales profundas como son Helen Marie Williams o Lucy Hester Stanhope.

Ya hemos señalado, siguiendo a Polanco, que su arquetipo mayor fue Don Quijote. Y él un personaje quijotesco. Un Don Quijote pero sin locura como dijo de él Napoleón Bonaparte (1769-1821) al conocerlo (p. 332). Otros testigos así también lo indican: el presidente norteamericano Adams dijo «Considero a Miranda como un viajero sin destino, un Don Quijote en busca de aventura» (p. 685); el Regente don José Franciscó Heredia lo consideró «el paladín o el don Quijote de la independencia de la América Española» (p. 685); el poeta danés Baggessen «verdadero don Quijote del republicanismo» (p. 685). Por ello Polanco indica que si lo queremos definir debemos señalar que nuestro Precursor fue «Un don Juan con el espíritu de don Quijote y el sentido de Ulises» (p. 687). Coincidimos. Pero sin mencionar lo de don Juan que Miranda no fue. Ya que su esencia fue la de poseer, como el mismo Polanco indica, el «síndrome de don Quijote» (p. 753). Y como don Quijote actuó, de quijotismo murió. «Y parece ser que cuando un ser humano constata con frialdad que el ideal de su vida no ha existido ni existe ni puede existir, simplemente muere, pues le será denominó muy difícil subsistir sin ese ideal. Es esa la situación que denominó el *síndrome* de don Quijote y que creo pasó a don Francisco» (p. 754-755).